



*En este apartado se resumen los estados de humillación y exaltación en la vida de Jesús y se explica el por qué estos son importantes para la salvación.*

## Los Estados de Humillación y Exaltación en la vida de Cristo

### El estado de humillación de Cristo

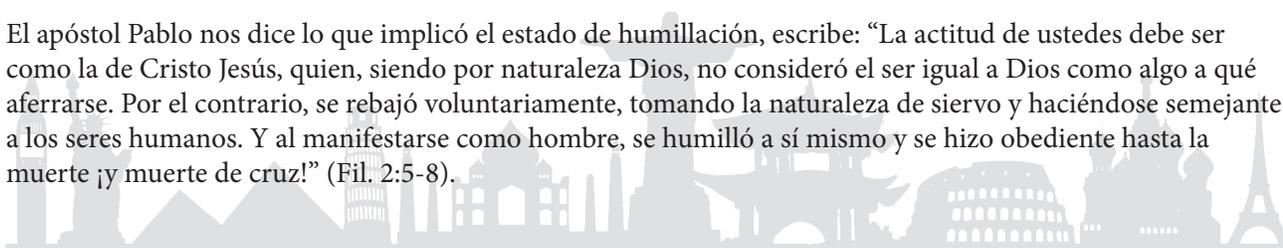
*Desde la concepción hasta la tumba, Jesús no hizo pleno uso de las propiedades que su naturaleza humana recibió de la naturaleza divina.*

¿Cómo sus enemigos pudieron crucificar a Jesús? Eso fue posible solo porque Jesús les permitió que lo crucificaran. Un niño pequeño, jugando con su padre en el piso, puede pensar que en realidad lo está inmovilizando, pero eso solo ocurre porque el padre permite que su pequeño hijo lo sujete al piso. De manera similar, Jesús permitió que lo: arrestaran, juzgaran, condenaran, y crucificaran. Eso es parte de lo que llamamos el estado de humillación de Jesús (también llamado *exinanición*). El estado de humillación de Jesús consistió en esto: desde la concepción hasta la tumba, Jesús no hizo, pleno ni constante, uso de las propiedades que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina.

El estado de humillación de Cristo no consistió en su encarnación (hacerse carne). Jesús sigue siendo el Dios hombre, y lo será por la eternidad; pero hoy está en su estado de exaltación. Cuando asumió en su divina persona una verdadera naturaleza humana, lo hizo una vez para siempre. La Fórmula de Concordia señala la diferencia entre el estado de humillación de Cristo y su encarnación cuando dice, respecto de su exaltación:

De ahí le viene también a la naturaleza humana, después de la resurrección de entre los muertos, esa exaltación por sobre todo lo creado en el cielo y en la tierra, la cual no es otra cosa que esto: Que Cristo depuso totalmente la forma de siervo, sin deponer, no obstante, su naturaleza humana, la cual él retiene por toda la eternidad; y que además fue puesto en posesión y uso plenos de la majestad divina según la naturaleza humana que asumió, majestad que sin embargo poseía ya en el mismo instante de su concepción en el seno materno, despojándose empero de la misma según el testimonio del apóstol (Fil. 2:7), y, como expone el Dr. Lutero, manteniéndola oculta en su estado de humillación, usándola no en todo momento sino solamente cuando quería (FC DS VIII:26). La encarnación de Cristo fue un maravilloso acto de amor de su parte, pero no es lo mismo que su estado de humillación.

El apóstol Pablo nos dice lo que implicó el estado de humillación, escribe: “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte ¡y muerte de cruz!” (Fil. 2:5-8).



En esas palabras, Pablo dice que Jesús es Dios, pero no consideró ser igual a Dios como algo a qué a ferrarse o qué exhibir delante de los hombres. El Hijo de Dios asumió en su divina persona la verdadera naturaleza humana. Su naturaleza divina compartió sus propiedades con su naturaleza humana. Desde el momento de la concepción, Jesús tuvo esas propiedades en su naturaleza humana, pero si hubiera usado completa o constantemente esas facultades, no se hubiera podido someter a la ley en representación de nosotros y no hubiera podido sufrir por nuestros pecados. Por eso tomó el rol de siervo, en cumplimiento de las profecías de Isaías (cf. Isaías 42). Se sometió a la ley en nuestro lugar; sufrió el castigo por nuestros pecados, se sometió a la muerte para poderla vencer por nosotros en su resurrección. El mismo Jesús que tenía el poder para calmar la tormenta permitió que lo crucificaran. El propósito de la humillación de Jesús fue llevarlo a la cruz donde iba a expiar los pecados de todo el mundo.

No hablamos de la humillación de Cristo de la manera en que generalmente usamos la palabra *humillación*. Por ejemplo, puedo desempeñarme deficientemente en un recital y sentirme humillado por mi pobre actuación; no hablamos así de la humillación de Cristo, como si en algunos puntos de su vida hubiera sido puesto en circunstancias humillantes, sino que la humillación de Cristo consistió en el no uso de los poderes que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina. La humillación ocurrió solo en la naturaleza humana, no en la naturaleza divina. La naturaleza divina permaneció divina y siempre poseyó sus propiedades sin que disminuyeran de ninguna manera. Por eso, debemos rechazar el error del *kenosismo* (del griego *kenós*, vacío, hueco, sin cosa alguna). El kenosismo es el error que enseña que la humillación de Jesús consistió en que se despojó de sus poderes divinos desde el momento de su concepción hasta el momento de su muerte. El kenosismo moderado dice que Jesús no hizo uso de sus atributos operativos, como: la omnisciencia, la omnipotencia, y la omnipresencia. El kenosismo más extremo dice que Jesús se despojó de todas sus propiedades divinas, para convertirse en un simple ser humano.

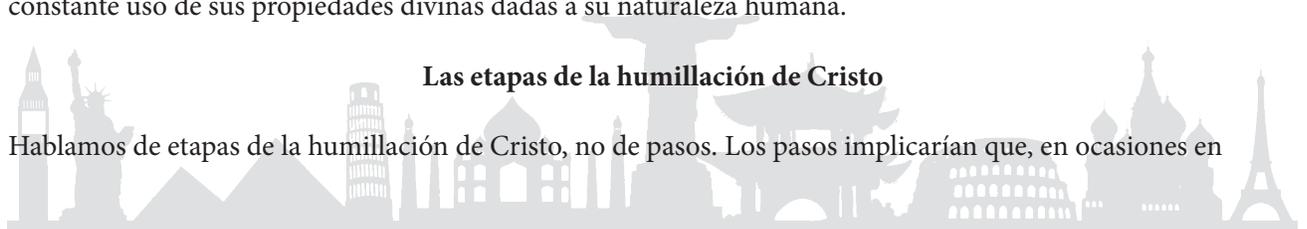
El kenosismo está equivocado en varios aspectos. Primero, Cristo insistió en que retenía su naturaleza divina; les dijo a los judíos: “antes de que Adán naciera, ¡yo soy!” (Jn. 8:58). Jesús: dijo que hacía la obra de Dios (Jn. 5:17), mostró omnisciencia (Jn. 2:25), calmó la tormenta (Mc. 39). Segundo, Dios no puede cambiar; que el Hijo de Dios se despoje de sus propiedades es efectuar un cambio en Dios. Finalmente, el kenosismo debe enseñar que durante 33 años debió suspenderse la eterna generación del Hijo por el Padre y la procedencia del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como también el gobierno del mundo por medio del Hijo. La humillación de Cristo ocurrió en su naturaleza humana; su naturaleza divina siempre retuvo la plenitud del uso de todas sus propiedades divinas.

*Cristo se humilló a él mismo para poder ser nuestro Salvador*

Jesús no hubiera podido tomar nuestro lugar si se hubiera empeñado en el pleno y constante uso de sus propiedades divinas, que le fueron comunicadas a su naturaleza humana. Dios es el juez del mundo, todos deben comparecer ante él para el juicio. Él es el dador de la ley, y tiene el derecho de condenar a todo el que no guarde esa ley. Para guardar la ley por nosotros, Jesús tenía que dejar a un lado el uso pleno de las prerrogativas que le fueron comunicadas a su naturaleza humana (Gl. 4:4,5). Dios también tiene el derecho de condenarnos por nuestros pecados. Para pagar nuestros pecados, Jesús tuvo que dejar a un lado las prerrogativas que su naturaleza humana recibió de la divina (Is. 53:1-6; 2 Co 5:21; Gl. 3:13). Si Jesús no hubiera tomado la forma de siervo y no se hubiera sometido a la muerte en la cruz, no habríamos sido salvados. Por eso, Jesús, en amor, no insistió en las prerrogativas divinas dadas a su naturaleza humana, sino que las usó solo cuando convenía a su plan de salvar del mundo. En otros momentos, para poder salvarnos de nuestros pecados, no hizo pleno ni constante uso de sus propiedades divinas dadas a su naturaleza humana.

### Las etapas de la humillación de Cristo

Hablamos de etapas de la humillación de Cristo, no de pasos. Los pasos implicarían que, en ocasiones en



la vida de Jesús, él fue más humillado que en otras; ese no es el caso. Al contrario, hablamos de etapas de la humillación de Cristo, que duraron desde la concepción hasta la tumba. Aunque decimos que el sufrimiento y la muerte de Cristo fueron su “gran pasión,” es verdad que la humillación de Cristo se extendió a toda su vida.

*Concebido por el Espíritu Santo, nació de la virgen María*

Ya hemos dicho que la venida de Cristo como hombre no fue parte de su humillación. Jesús se hizo hombre en un acto de amor; él sigue siendo el Dios hombre y lo será por la eternidad. El estado de humillación en ese momento consistió en que Jesús no hizo pleno uso de los poderes que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina. En el momento en que Jesús fue concebido, ya poseía la plenitud de la deidad en ese cuerpo que había sido concebido (Col. 2:9). En el periodo de gestación en el vientre de María, Jesús no ejerció los poderes que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina, sino que fue cuidado por su Padre celestial mientras era sustentado en el vientre de María.

Cuando Jesús nació, también dependió de otros para que lo cuidaran. Jesús dependió de su Padre celestial para que lo cuidara. El Salmo 22, un salmo mesiánico, dice: “Pero tú me sacaste del vientre materno; me hiciste reposar confiado en el regazo de mi madre. Fui puesto a tu cuidado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre mi Dios eres tú” (Sal.22:9,10). Hay muchos que toman el Salmo 22, como una profecía directa del Mesías, y así estas palabras serían una descripción de la confianza que el Mesías tenía en su Padre desde pequeño. Después de que Cristo nació, María lo cuidó, “lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre” (Lc. 2:7). Lutero lo expresó muy bien en su gran himno de Navidad “Del Alto Cielo Bajo Yo”:

Id, pues, os doy esta señal:  
En un pesebre de Belén  
Encontraréis en vil pañal  
A aquel que al mundo da sostén (CC 18:4)

Cuando Jesús tenía 40 días de nacido, lo llevaron al templo, donde el anciano Simeón se regocijó al verlo. Este tierno infante parecía al mundo muy indefenso, pero Simeón reconoció en él al Dios hombre enviado para salvarnos de nuestros pecados. Cuando Herodes amenazó matar al niño Cristo (probablemente de dos años de edad), un ángel le dijo a José que llevara a Jesús y a María a Egipto (Mt. 2:13,14). José obedeció y así Jesús fue preservado de la matanza de los infantes de Belén que ordenó el rey Herodes. Durante todo esto, Jesús poseía las propiedades que su naturaleza divina comparte con su naturaleza humana, pero no quiso hacer pleno ni constante uso de ellas.

Debemos notar también la importancia del nacimiento virginal de Cristo. En primer lugar, la Biblia enseña claramente que Cristo nació de una virgen; Isaías lo profetizó (Is. 7:14). Ha habido mucha discusión sobre si la palabra que usa Isaías para describir a la madre de Mesías significaba “virgen” o “no casada” (*almáh*). Pero, cuando Mateo repite la profecía en su relato del nacimiento de Jesús, usa la palabra griega para virgen (*parthénos*), que indica una mujer que no ha tenido relaciones sexuales con un hombre. Por otra parte, María sabía cómo nacen los niños; cuando el ángel Gabriel le dijo que iba a ser la madre del Mesías, ella respondió: “¿Cómo podrá suceder esto, puesto que soy virgen?” (Lc. 1:34).

Todos los niños nacen con el pecado original (Sal. 51:5; Jn. 3:6), pero Jesús nació sin pecado (2 Co. 5:21; Heb. 7:26; 1 P. 1:19; 3:18). Su santa concepción y nacimiento expiaron nuestra concepción y nacimiento pecaminosos. Eso fue parte de hacer la voluntad de Dios en nuestro lugar (Gl. 4:4,5).

Quienes niegan que Jesús nació de una virgen, niegan también la deidad de Cristo. Si fuera un hombre nacido de hombres, no podría ser verdadero Dios engendrado del Padre desde la eternidad. Si Jesús fuera un hombre nacido de hombres, hubiera tenido pecado original y no hubiera podido salvarse a él mismo y mucho menos a

algún otro. Los que niegan el nacimiento virginal de Cristo ponen en peligro su salvación.

Los que sostienen que creen personalmente en el nacimiento virginal pero no lo consideran indispensable para otros, son necios; están metiendo la cabeza en la boca del león y pidiéndole que muerda. El diablo está más que complacido de tener personas indiferentes a la enseñanza del nacimiento virginal de Cristo; él sabe que el siguiente paso es concluir que no ocurrió el nacimiento virginal, lo cual lleva al rechazo de esta importante enseñanza de la Escritura. La Biblia enseña claramente la doctrina del nacimiento virginal de Cristo. Es parte de la confesión de la iglesia primitiva tanto en el Credo Apostólico como en el Credo Niceno; es parte de la confesión de Lutero en su gran himno de Navidad:

“Os ha nacido un niño hoy  
de humilde virgen en Belén;  
Y el niño tierno que os nació,  
Ser debe vuestro gozo y bien.” (CC 18:2)

### *La vida de Jesús*

La Biblia nos da poca información sobre la niñez de Jesús; tenemos un incidente de Jesús a los 12 años, en el templo. Al final del relato, leemos: “Así que Jesús bajó con sus padres a Nazaret y vivió sujeto a ellos” (Lc. 2:51). Eso fue parte de la obediencia de Cristo a la ley, en representación nuestra (G. 4:4). Cristo tenía el derecho de exigir que sus padres le obedecieran a él, sin embargo, les obedeció a ellos para cumplir toda justicia por nosotros. Fue el único niño que obedeció perfectamente tanto a sus padres terrenales como a su Padre celestial. Aun siendo niño, él entendió su deber para la obra de su Padre celestial (Lc. 2:49).

No tenemos más información en la Biblia sobre la vida temprana de Jesús. La información que hay en los evangelios espurios escritos en la iglesia primitiva no es confiable, porque ninguno de ellos fue escrito por inspiración de Dios. Lo siguiente que registra la Biblia es cuando Jesús comenzó su ministerio público a la edad de 30 años (Lc. 3:23). Durante su ministerio, Jesús llevó a cabo la voluntad de su Padre; él era el creador del mundo, pero no reclamó como suyo ni un punto de esta tierra (Mt. 8:29). En amor, dejó su gloria en el cielo y se hizo pobre para nuestro beneficio (2 Co. 8:9). Jesús fue apoyado en su ministerio por las ofrendas de un grupo de mujeres (Lc. 8:2,3). Él hizo el mundo y el mundo lo rechazó (Jn. 1:10,11); fue calumniado por aquellos a quienes vino a salvar, que dijeron que expulsaba demonios por medio del diablo (Mt. 12:24).

Durante su ministerio, Jesús uso en ocasiones las propiedades que su naturaleza humana recibió de la naturaleza divina. Sanó enfermos (Mt. 11:4), resucitó muertos (Mc. 4:40 ss.), y expulsó demonios (Mc. 5:1-20). Pero se abstuvo de usar sus poderes para responder a sus enemigos; vivió por fe y prefirió no saber cuándo será el día del juicio (Mc. 13:32). (Jesús, en su estado de exaltación, sabe cuándo será el día del juicio, y ejerce plena y constantemente las divinas propiedades comunicadas a su naturaleza humana).

Cuando estamos propensos a exigir nuestros derechos, movidos por el egoísmo pecaminoso, debemos examinar nuestra vida a la luz de la ley de Dios, y mirar luego a Cristo, que no demandó sus derechos, sino que, al contrario, fue obedientemente a la cruz para salvarnos. El maravilloso amor de Jesús nos permitirá llevar vidas de servicio al prójimo.

*Sufrió bajo el poder de Poncio Pilatos,  
fue crucificado, muerto, y sepultado*

El sufrimiento de Jesús, como está descrito en el Credo Apostólico, se menciona con frecuencia como su “gran sufrimiento” (*passio magna*). Fue grande porque implicó que Jesús fuera castigado por los pecados del mundo. Sin embargo, notamos que Jesús sufrió durante toda su vida; aun de niño, José tuvo que llevar a Jesús



y a María a Egipto para escapar al plan asesino del rey Herodes (Mt. 2). Además, Jesús no fue “más humillado” en ese momento de su vida que en otros. Su humillación no consistió en pasar por circunstancias humillantes, consistió en no hacer pleno y constante uso de las propiedades divinas que recibió su naturaleza humana. Las palabras del Credo Apostólico describen otro periodo durante el cual Cristo actuó en el rol de siervo.

Jesús sabía que su vida lo llevaba a la cruz; los profetas del Antiguo Testamento lo dijeron claramente (cf. Sal. 22; Is. 53). Cuando el diablo trató de desviar a Jesús de su misión ofreciéndole todos los reinos del mundo si lo adoraba, Jesús rechazó la tentación. Jesús les dijo muchas veces a sus discípulos que su vida lo llevaba a la cruz (Mt. 16:21; 20:17-19). En la noche del Jueves Santo, Jesús estaba muy angustiado en su alma (Mt. 26:38); aunque era sin pecado y no merecía sufrir, aunque la naturaleza divina había compartido sus propiedades con la naturaleza humana, Jesús no hizo pleno y constante uso de esas propiedades divinas en su naturaleza humana, sino que afrontó la perspectiva de sufrir no solo la más cruel de las torturas inventadas por la mente pecaminosa, sino también los tormentos del infierno. Jesús luchó con su naturaleza humana para llevar a cabo la voluntad de su Padre. El escritor a los hebreos nos dice: “En todos los días de su vida mortal, Jesús ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su reverente sumisión” (Heb. 5:7). Jesús oró tan fervientemente, que su sudor era como gotas de sangre. Dios envió un ángel para fortalecerlo (Lc. 22:43,44).

Cuando Judas y la turba llegaron al jardín de Getsemaní para arrestar a Jesús, retrocedieron y cayeron a tierra cuando Jesús se identificó. Todos los enemigos de Jesús, todas las legiones romanas y todas las huestes del infierno combinados, no hubieran podido forzar a Jesús a ir a la cruz; él hubiera podido pedirle a su Padre celestial que enviara más de 12 legiones de ángeles para que lo protegieran. Un solo ángel pudo haberlo hecho. Aún más, Jesús pudo haber ejercido la omnipotencia que tenía su naturaleza humana, de la naturaleza divina, y dejar muerta a toda esa gente en el acto; pero no lo hizo, porque era su voluntad ir a la cruz para sufrir allí por los pecados del mundo. Jesús permitió que la turba lo arrestara y lo llevara ante el sumo sacerdote.

En el juicio ante el Sanedrín, Jesús mostró admirable abnegación; el juicio fue una burla a la justicia: lo hicieron en la noche, usaron testigos mentirosos, los jueces ya habían decidido por consenso el veredicto. Jesús pudo haber detenido todo el procedimiento y enviar a sus ángeles para llevar a esa falsa corte ante la barra de su justicia, pero permaneció en silencio; la única vez que habló fue cuando Caifás lo puso bajo juramento para que diera testimonio sobre si era el Hijo de Dios. Jesús permaneció en silencio cuando el Sanedrín lo excomulgó por decir que era el Hijo de Dios; él pudo haber silenciado a todo el grupo enviándolos al infierno en el acto. Cuando el Sanedrín comenzó a torturar a Cristo y a escupirlo, él no acudió a su omnipotente poder para detenerlos, su amor por los pecadores lo llevó a permanecer en silencio ante esa injusticia.

Cuando Jesús fue juzgado ante Herodes, no condescendió con el deseo de Herodes de que lo divirtiera viendo un milagro. Cuando los soldados de Herodes se mofaron de Jesús, él no ejerció sus poderes para oponerse. Cuando Jesús fue juzgado ante Pilato, no usó los poderes y prerrogativas de que disponía. El juicio fue un remedo de justicia; Pilato sabía muy bien que Jesús era inocente de las acusaciones que le llevaron contra él (Lc. 23:14,15), pero no tuvo el valor para dejarlo libre; al contrario, ordenó que lo crucificaran, que sus soldados lo torturaran. La flagelación era por sí suficiente para poner en riesgo la vida de la persona; la corona de espinas que le pusieron debió producirle intenso dolor. Jesús ciertamente tenía el poder para impedir que eso ocurriera, pero por esa razón vino a este mundo, por eso permitió que le ocurriera todo.

Jesús fue obligado a llevar la cruz al sitio de ejecución. En el camino, Simón de Cirene fue obligado a llevar la cruz por Jesús (Mc. 15:21); deducimos que Jesús debió caer bajo el peso. En el Calvario fue crucificado, los clavos traspasaron sus manos (probablemente las muñecas) y sus pies. Le quitaron los vestidos y los soldados echaron suertes sobre ellos. La turba se mofaba de Jesús y detrás de ellos estaba la voz del diablo tentándolo: “¡Si eres el Hijo de Dios, bájate de esa cruz!” (Mt. 27:40). Jesús no tenía que ser crucificado, tenía el poder para detenerlo en cualquier momento, pero se abstuvo de usar las propiedades comunicadas para llevar a cabo la voluntad de Dios de pagar los pecados del mundo.

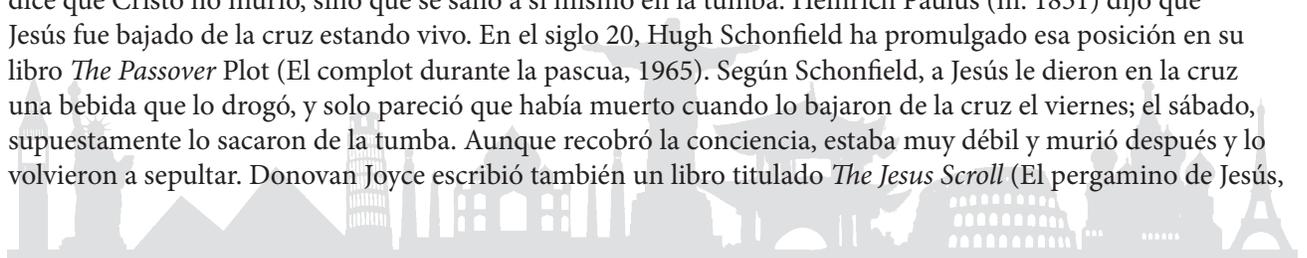
La agonía del crucificado era terrible, generalmente moría de asfixia. Cuando la persona colgaba de la cruz, tenía dificultad para respirar, porque los músculos intercostales y pectorales alrededor de los pulmones impedían la respiración normal, mientras el cuerpo estaba descolgado.<sup>1</sup> Para respirar, la persona tenía que elevarse con las piernas y al debilitarse se le hacía más difícil hacerlo. Finalmente, la persona se debilitaba tanto que no podía elevarse para respirar y moría sofocada. La muerte era lenta y dolorosa, esa era la intención. Por eso los soldados no despacharon a los dos ladrones crucificados a lado y lado de Jesús con un golpe de lanza; como aún estaban vivos, les quebraron las piernas para que no pudieran elevarse; así morirían lenta y dolorosamente por sofocación. Jesús sufrió la agonía de la crucifixión; pudo haberla detenido en cualquier momento, no fueron los clavos en sus manos y pies los que lo tuvieron en la cruz, sino su gran amor por nosotros, que lo movió a no usar sus poderes para bajar de la cruz.

El peor sufrimiento de Jesús no fue la agonía de la crucifixión; su gran agonía fue sufrir los tormentos del infierno. Dios puso sobre su Hijo los pecados de todo el mundo (2 Co. 5:21). Cristo se hizo maldición por nosotros, para que Dios nos pudiera declarar no culpables (Gl. 3:13). Desde el mediodía hasta las 3 pm, la oscuridad cubrió la tierra (Mt 27:45); durante ese tiempo, Jesús sufrió los tormentos del infierno para pagar los pecados de todos. De nuevo, Cristo pudo haber exigido sus prerrogativas y darnos ese castigo; pero, en amor, quiso sufrir nuestro castigo. En su sufrimiento, Jesús exclamó a gran voz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46; cf. Sal. 22:1). No fue un grito de desesperación por parte del Salvador, sino un grito de fe. A la luz del Salmo 22:1-5, Jesús estaba diciendo: “Padre, tú nunca has abandonado a nadie que confía en ti; aunque me has abandonado, confío en que no me dejarás abandonado, sino que me liberarás, porque tú eres *mi* Dios”. ¿Puede haber una demostración más grande del amor de Dios por los indignos pecadores? Como escribe Pablo: “Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Cuando las pruebas de la vida hagan que usted se pregunte si Dios lo ama, recuerde el Calvario, ahí Dios probó el amor que le tiene, ahí Cristo pagó todos sus pecados.

Cuando Jesús terminó la obra de pagar los pecados del mundo, dijo: “Todo se ha cumplido” (Jn. 19:30). La obra de salvación estaba terminada, ahora volvía su atención a vencer por nosotros el enemigo final, la muerte. La muerte de Jesús fue voluntaria, él no merecía morir, había recibido de su Padre el poder de dar vida (Jn. 5:21). Jesús dijo: “Por eso me ama el Padre: porque entrego mi vida para volver a recibirla. Nadie me la arrebató, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla, y tengo también autoridad para volver a recibirla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (Jn. 10:17,18). Cuando Jesús terminó su obra, encomendó su alma en las manos de su Padre (Jn. 19:30); murió. Jesús no merecía pasar por la muerte, pero lo hizo “para anular, mediante la muerte, al que tiene dominio de la muerte—es decir, al diablo, y librar a todos los que por temor a la muerte estaba sometidos a esclavitud durante toda la vida” (Heb. 2:14,15). Él murió para que pudiéramos vivir.

La muerte de Jesús fue muerte real, fue la separación de su alma y su cuerpo (Mt. 27:50). El alma fue a su Padre en el cielo (Lc. 23:46); el cuerpo fue sepultado en una tumba. Pero hay una gran diferencia entre la muerte de Cristo y la nuestra. Salomón escribe: “Volverá entonces el polvo a la tierra, como antes fue, y el espíritu volverá a Dios, que es quien lo dio” (Ec. 12:7). El cuerpo humano se descompone después de morir; el cuerpo de Jesús no vio corrupción (Sal. 16:10; Hch. 2:31). El cuerpo de Cristo no era susceptible de corrupción porque estaba unido a su naturaleza divina.

Algunos han negado la muerte de Jesús; la Ciencia Cristiana, dirigida por Mary Baker Eddy (1821 – 1910), dice que Cristo no murió, sino que se sanó a sí mismo en la tumba. Heinrich Paulus (m. 1851) dijo que Jesús fue bajado de la cruz estando vivo. En el siglo 20, Hugh Schonfield ha promulgado esa posición en su libro *The Passover Plot* (El complot durante la pascua, 1965). Según Schonfield, a Jesús le dieron en la cruz una bebida que lo drogó, y solo pareció que había muerto cuando lo bajaron de la cruz el viernes; el sábado, supuestamente lo sacaron de la tumba. Aunque recobró la conciencia, estaba muy débil y murió después y lo volvieron a sepultar. Donovan Joyce escribió también un libro titulado *The Jesus Scroll* (El pergamino de Jesús,



1972); afirmaba que a Jesús lo drogaron y luego lo resucitó en la tumba un médico que se había escondido ahí con anticipación.

Esas negaciones de la muerte de Jesús desafían la razón y hasta los liberales que niegan la resurrección de Jesucristo, las consideran escritas por personas que están “en el borde” de la cordura. La muerte de Jesús fue real; los verdugos romanos conocían su oficio, sabían cuando alguien había muerto. Fingir la muerte durante cualquier período en la posición colgante de la crucifixión no le permitiría respirar a la persona, no se puede fingir la incapacidad para respirar durante ningún tiempo. La Biblia afirma que Jesús murió; Juan dice que los soldados le perforaron el costado “y al instante le brotó sangre y agua” (Jn. 19:34). Como confesamos en el Credo Apostólico, Jesucristo... fue muerto”.

Jesús fue sepultado en la tumba de José de Arimatea (Jn. 19:38-41). Envolvieron el cuerpo en vendas con especias aromáticas; la tumba fue sellada con una piedra que pusieron frente de la entrada. Durante el tiempo que estuvo en la tumba, la naturaleza humana de Jesús permaneció en la unión personal con su naturaleza divina. El alma de Jesús estuvo en el cielo, el cuerpo en la tumba. La unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina no terminó ni se suspendió, el Dios hombre yació muerto en la tumba. Aunque la naturaleza humana había recibido de la naturaleza divina la facultad de dar vida, Jesús no ejerció esa prerrogativa durante el tiempo que estuvo muerto en la tumba; además, la naturaleza divina participó en lo que hizo la naturaleza humana. ¡Todo eso hizo Jesús por nuestra salvación! En verdad. Como dice Pablo, Jesús “se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” (Fil. 2:8).

En este punto es bueno decir algo acerca de nuestra enseñanza sobre la historia de la pasión de nuestro Señor. Hay tres cosas que debemos evitar al enseñar los relatos bíblicos del sufrimiento de Jesús:

1. Al enseñar sobre el sufrimiento de Cristo, evite dar la impresión de que somos solo espectadores de un evento que se desarrolla en un escenario, animando a Jesús y expresando el desagrado con las malas gentes que contribuyeron a su crucifixión, como: Judas, Pedro, el sanedrín, Caifás, Herodes, Pilato, y la turba de los judíos. Debemos señalar al individuo en este hecho: “Yo crucifiqué a Jesús con mis pecados”, como lo expresa el himno:

¡Inmensa y sin igual piedad!  
Murió por mí Jesús,  
Y por mi culpa vil  
Sufrió la muerte en una cruz  
En una cruz (CC 51:1)

2. Al enseñar sobre el sufrimiento de Cristo, evite centrarse en su sufrimiento físico. Sí, el sufrimiento físico de Cristo fue grande; el maltrato a manos del sanedrín, Herodes, Pilato, y la crucifixión, le causaron intensa agonía física, pero no podemos decir que Jesús sufrió el mayor sufrimiento del mundo simplemente sobre la base de su agonía física; quizás otros hayan sido torturados o hayan sufrido una agonía física mayor. La agonía de Cristo fue tan grande por causa del sufrimiento *espiritual*; Jesús sufrió los tormentos del infierno por nosotros. No importa cuán grande sea nuestro sufrimiento en la tierra, tenemos la seguridad de que Dios está con nosotros para sostenernos (Is. 43:1-3; Ro. 8:36-39), pero Cristo fue abandonado por Dios (Mt. 27:46) y fue castigado por los pecados del mundo (2 Co. 5:21; Gl. 3:13). Por eso es Jesús el más grande sufriente que el mundo ha visto. Los evangelistas son muy moderados cuando describen el sufrimiento de Jesús, no hacen una descripción sangrienta del maltrato que infligieron a Jesús. Isaías se centró en lo fundamental cuando escribió: “Fue... golpeado por la trasgresión de mi pueblo” (Is. 53:8). Como lo expresa el himno:



Santo Cordero, en cruz clavado  
 Mueres cargado con mi maldad.  
 ¡Amor excelso! Mis penas pagas,  
 Y por tus llagas, salud me das. (CC 67:1)

3. Al enseñar sobre el sufrimiento de Cristo, no trate de provocar compasión por Jesús. Nuestro propósito no es hablar del “pobre Jesús” y las cosas terribles que le hicieron; Jesús no quiere nuestra compasión, quiere que nos arrepintamos de los pecados al ver sus terribles consecuencias. También quiere nuestro corazón, cuando, en la fe, basamos nuestra esperanza de vida eterna en el perdón que él ganó para nosotros en la cruz. Como lo expresa el escritor del himno:

Vengan todos los que sufran,  
 Los que sientan hambre o sed,  
 Los que débiles se encuentren,  
 De este mundo a la merced.  
 En Jesús hay pronto auxilio,  
 Hay hartura y bienestar  
 Hay salud y fortaleza,  
 Cual ninguno puede dar (CC 198:2)

### El estado de exaltación de Cristo

*Cristo, en su exaltación, usa plena y constantemente las propiedades divinas que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina*

El apóstol Pablo, que escribe de la humillación de Jesús, escribe también sobre su exaltación: “Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11). La humillación de Cristo ocurrió en la naturaleza humana. En el estado de humillación, Cristo no hizo uso pleno ni constante de las propiedades que su naturaleza humana recibió de su naturaleza divina. El estado de exaltación también ocurre en la naturaleza humana; en el estado de exaltación, Jesús ha dejado el papel de siervo, ejerce plena y constantemente las propiedades que su naturaleza humana ha recibido de la naturaleza divina.

La exaltación de Cristo demuestra que ha terminado su obra redentora. Dios ha perdonado nuestros pecados, ya no es necesario el rol de siervo; su misión se ha cumplido. Como escribe Pablo: “Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación (Ro. 4:25). Ahora, como nuestro exaltado Señor, gobierna este mundo en beneficio de su iglesia y continúa haciendo su obra como nuestro: Profeta, Sacerdote, y Rey.

### Las etapas de la exaltación de Jesús

Como en la humillación de Jesús, en su exaltación también hay diferentes etapas que cubren las diversas fases de su exaltación. Seguiremos el Credo Apostólico en el cubrimiento de esas etapas.

*Descendió a los infiernos*

En la Escritura no se enseña ampliamente sobre el descenso de Cristo al infierno, pero se enseña. La iglesia primitiva hizo bien en incluirlo en el Credo. La principal “sede de doctrina” (sedes doctrinae) es 1 Pedro 3: 18-20, donde Pedro escribe: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos,



para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; <sup>19</sup>en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, <sup>20</sup>los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca<sup>17</sup>.

Hay una comparación entre “en su cuerpo” y “el espíritu”. “En el cuerpo”, se refiere al tiempo de la vida de Cristo caracterizada por su existencia corporal en la tierra, es decir, durante los días de su humillación. “El espíritu” no se refiere al Espíritu Santo [según algunas versiones de la Biblia], sino al modo de la existencia de Jesús caracterizado como espiritual, es decir, en su estado de exaltación. Así, durante su humillación, Cristo murió por nuestros pecados una vez para siempre. Pero, en su estado de exaltación, Jesús descendió al infierno.

¿Cuándo descendió Cristo al infierno? En algún momento después de volver a la vida (vivificado, como dice Pedro) y antes de mostrarse públicamente a sus discípulos. ¿Cómo descendió Cristo al infierno? No sabemos exactamente la manera, eso se lo dejamos a él. La Fórmula de Concordia cita las palabras de Lutero de un sermón que predicó en Torgau en 1533. Dice:

“Creo en el Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que fue muerto, sepultado, y descendió al infierno”. En esta confesión quedan diferenciados como artículos distintos el sepelio de Cristo y su descenso al infierno. Y nosotros creemos con toda sencillez que la persona entera, Dios y hombre, después de sepultada, descendió al infierno, venció al diablo, destruyó la potestad del infierno, y le quitó al diablo todo su poder. Pero “¿cómo sucedió?”—acerca de esto no hemos de inquietarnos con elevados y sutiles pensamientos.” (FC DS IX: 1-3)

Jesús descendió al infierno en su estado de exaltación, como persona íntegra, Dios y hombre, cuerpo y alma. Los teólogos medievales enseñaban que Jesús descendió al infierno solo según su alma. Los calvinistas enseñan que el descenso al infierno es solo una expresión figurada del sufrimiento de Jesús. La Biblia enseña que el descenso de Jesús al infierno es la marcha de victoria de Cristo por las calles del infierno (cf. Col. 2:15).

¿Por qué descendió Jesús al infierno? Pedro dice que “predicó a los espíritus encarcelados”. Su predicación fue anunciar algo al diablo y sus secuaces; Jesús les proclamó que la cabeza de la serpiente había sido aplastada (Gn. 3:15). Satanás ha sido vencido, ya no puede ir a Dios para mandarnos al infierno, porque Cristo pagó todos nuestros pecados. Jesús descendió al infierno para proclamar también su juicio sobre los que han rechazado su gracia. Jesús no descendió al infierno para sufrir por los pecados del mundo. John Aepinus (1499 – 1553), el primer luterano superintendente de Hamburgo, enseñaba que mientras el cuerpo de Jesús estaba en la tumba, su alma descendió al infierno para terminar la obra de redención. Pero, Jesús sufrió los tormentos del infierno en la cruz, allí dijo: “Todo se ha cumplido” (Jn. 19:30). El descenso de Jesús al infierno no fue parte de su humillación, fue el comienzo de su exaltación. El Artículo IX de la Fórmula de Concordia rechazó el error de Aepinus.

Jesús no descendió al infierno para darles a los condenados allí una segunda oportunidad. Esa es una falsa interpretación de las palabras de Pedro, que dijo: “por eso también ha sido predicado el evangelio a los muertos” (1 P. 4:6). Las personas de quienes habla Pedro están muertas ahora, pero les fue predicado el evangelio mientras estaban vivas. No hay segunda oportunidad después de la muerte. El escritor a los hebreos nos dice: “está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio” (Heb. 9:27). Jesús, pues, descendió al infierno como parte de su exaltación, lo hizo después de volver a vivir, como el Dios hombre, en cuerpo y alma. Descendió para proclamar su victoria sobre Satanás y su juicio sobre los que rechazaron su gracia; no descendió para completar su sufrimiento ni para dar una segunda oportunidad a los condenados del infierno.



*Al tercer día resucitó de entre los muertos*

La resurrección de Cristo es un momento de su exaltación. Para resucitar, Jesús hizo pleno uso de las propiedades divinas que recibió su naturaleza humana de la naturaleza divina; él había dicho: “Por eso me ama el Padre, porque entrego mi vida para volver a recibirla. Nadie me la arrebató, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla, y tengo autoridad también para volver a recibirla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (Jn. 10:17,18). La facultad de tener vida y de dar vida es una propiedad que el Hijo de Dios tenía desde la eternidad; esa propiedad le fue comunicada a su naturaleza humana en el momento de la concepción de Cristo. Durante su humillación, Jesús no ejerció ese poder cuando murió; si la hubiera ejercido, no hubiera muerto. Pero, cuando Jesús resucitó, sencillamente ejerció el poder que tiene su naturaleza humana de su naturaleza divina y resucitó. Ese es el mandato que había recibido de su Padre. Entonces, ¿quién resucitó a Jesús? Dios lo resucitó (Hch. 2:32); el Dios hombre, Jesucristo, también se resucitó. La resurrección es parte de su exaltación en la que ejerció la facultad divina de dar vida, que su naturaleza humana había recibido de su naturaleza divina.

La resurrección de Jesús está atestiguada en muchos lugares de la Biblia: fue profetizada en el Antiguo Testamento; Job, que habló de su propia resurrección, basó esa esperanza en el hecho de que “mi Redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte” (Job 19:25). El salmista David predijo: “No dejarás que mi vida termine en el sepulcro; no permitirás que sufra corrupción tu siervo fiel” (Sal. 16:10). En Pentecostés, Pedro declaró: “Fue así como previó [David] lo que iba a suceder. Refiriéndose a la resurrección del Mesías, afirmó que Dios no dejaría que su vida terminara en el sepulcro, ni que su fin fuera la corrupción” (Hch. 2:31). Isaías predijo: “Después de su sufrimiento, verá la luz y quedará satisfecho” (Is. 53:11).

Jesús dijo claramente que el Antiguo Testamento predijo su resurrección; les dijo a sus discípulos: “Ahora vamos rumbo a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley. Ellos lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen. Pero al tercer día resucitará” (Mt. 20:18,19). Jesús les dijo a los discípulos de Emaús (Cleofás y posiblemente Lucas): “¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?” (Lc. 24:26).

Jesús predijo su resurrección: “Destruyan este templo,—respondió Jesús—y lo levantaré en tres días” (Jn. 2:19,21; vean también Jn. 10:17,18). Jesús también dijo que estaría tres días y tres noches en las entrañas de la tierra (Mt. 12:40). Esa sería la señal de que Jesús era el que dijo ser, el Mesías, el Dios hombre.

La resurrección de Jesús fue atestiguada por muchos. La siguiente es una lista de las apariciones de Cristo, registradas en la Biblia, que ocurrieron después de su resurrección:

#### En la Pascua

- a María Magdalena (Jn. 20:10-18; Mc. 16:9)
- a las otras mujeres (Mt. 28:8-10), Juana, María la madre de Santiago, y a otras (Lc. 24:10)
- a Pedro (1 Co. 15:5; Lc. 24:34)
- a los discípulos de Emaús (Lc. 24:13-35; Mc. 16:12,13)
- a los discípulos, la noche de Pascua. Con Tomás ausente y Judas muerto, puede haber incluido a más que los apóstoles (Lc. 24:36-49; Jn. 20:19-23)

#### Durante los 40 días

- a los discípulos, una semana después, estando presente Tomás (Jn. 20:24-29)
- a siete discípulos a la orilla del Mar de Galilea (Pedro, Tomás, Natanael, Santiago, y Juan, y otros dos discípulos (Jn. 21:1-14)



- a más de quinientos de los hermanos al mismo tiempo, muchos de los cuales aún vivían cuando Pablo escribió 1 Corintios, hacia el año 55 (1 Co. 15:6)
- a Santiago, el hermano de Señor —Gálatas 1:19 (1 Co 15:7)
- a los once en un monte en Galilea (Mt. 28:16-20)
- a los discípulos en el monte de la ascensión (Mc. 16:19,20; Lc. 24:50-53; Hch. 1:1-11)
- al apóstol Pablo en el camino a Damasco y en otras ocasiones (Hch. 9:1-19; 18:9; 22:1-21; 1 Co. 15:8)

El propósito de esas apariciones fue asegurar a los discípulos que había resucitado y prepararlos más para su ministerio (Hch. 1:3). Los discípulos vieron al Señor resucitado, no vieron una ilusión óptica; no alucinaron. Cuando los eruditos modernos niegan la resurrección de Cristo y tratan de explicarla diciendo que los discípulos imaginaron que vieron a Cristo o que tuvieron alucinaciones, niegan el claro testimonio de la Biblia, y van más allá de los límites de la razón. No hay “alucinaciones masivas”; las alucinaciones no son contagiosas, son el resultado de: drogas, enfermedad, y depravación de sueño o alimento. Cristo les confirmó a muchos testigos que en verdad resucitó; además, los discípulos estaban dispuestos a morir por su resucitado Señor. La gente no muere por lo que sabe que es una mentira.

Los discípulos llevaron las buenas nuevas de la resurrección de Cristo por todo el mundo. El libro de Hechos muestra que los apóstoles proclamaron asiduamente la resurrección de Cristo como la culminación de la proclamación del evangelio (ejemplos: Hch. 2:29-36; 3:15; 4:10; 5:30,32—note que Pedro enfatiza que los apóstoles fueron testigos de esas cosas; 10:40; 13:30; 17:31; 22:8; 26:23). Las epístolas se refieren muchas veces a la resurrección de Cristo como un hecho y como la mayor seguridad de nuestra salvación (ejemplos: Ro. 1:4; 4:25; 6:4; 1 Co. 15—el gran discurso de Pablo sobre la importancia de la resurrección de Cristo; Ef. 1:20; Col 1:18; 2:12; 1 Ts. 4:14; 2 Ti 1:10; 2:8; 1 Pe 1:3-5; Ap. 1:18). Los que niegan la resurrección no lo hacen porque no la puedan encontrar en la Biblia, sino porque no son creyentes en lo que está escrito en la Biblia.

La resurrección de Jesús es importante por tres razones principales:

1. Prueba que Jesús es Dios. Jesús dijo que iba a resucitar (Jn. 2:19,21; 10:17,18), e hizo lo que dijo. Hay líderes religiosos que les han dicho a sus seguidores que estarán en contacto con ellos después de morir, pero nadie ha oído de ellos aún; por lo tanto, eran falsos y fraudulentos. Pero, Jesús resucitó, él no es falso ni fraudulento, demostró con su resurrección que en realidad es verdadero Dios (Ro. 1:4).
2. La resurrección de Jesús prueba que Dios aceptó el pago que hizo del pecado y que nuestros pecados están totalmente perdonados. Pablo dice que Jesús “resucitó para nuestra justificación” (Ro. 4:25). Dice: “Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria, y todavía están en sus pecados” (1 Co. 15:17). La resurrección de Jesús fue la gran “absolución” divina del mundo, Dios le anunció al mundo entero que estamos perdonados por causa de Jesús. Si Cristo no hubiera resucitado, su “Todo está cumplido” (Jn. 19:30) habría significado que su misión terminó en fracaso. Pero su resurrección declaró que la misión de Dios estaba cumplida. ¡Estamos perdonados!
3. La resurrección de Jesús también nos da la seguridad de que nosotros también resucitaremos. La idea de la resurrección física es contraria a la razón humana que nos dice que cuando la persona muere, la carne se descompone y desaparece. Los epicúreos, entre los griegos, creían que, al morir, los átomos de la persona regresaban al pozo común de los átomos en el universo. Cuando Pablo proclamó la resurrección en Atenas, se rieron de él. Habían escuchado atentamente hasta que habló de la resurrección; eso fue mucho para ellos, muchos se apartaron con desprecio.

¿Cómo sabemos que vamos a resucitar? Jesús resucitó, Pablo lo llama “las primicias de los que murieron” (1 Co. 15:20). Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás” (Jn. 11:25,16); “Porque yo vivo, también ustedes vivirán” (Jn. 14:19). Pablo

escribe: “¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él. Conforme a lo dicho por el Señor... el Señor mismo descenderá del cielo... y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Ts. 4:14,16). La resurrección de Jesús es la garantía de nuestra resurrección.

A lo largo del Nuevo Testamento, los incrédulos han negado la resurrección de Cristo. Los principales sacerdotes del tiempo de Jesús sobornaron a los soldados para que dijeran que en la noche los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús, mientras los soldados dormían (Mt. 28:11-15). Mateo cuenta que esa historia circulaba ampliamente entre los judíos de la época, cuando escribió su evangelio. Esa historia tiene un gran defecto, los soldados romanos hubieran sido condenados a muerte si se hubieran dormido durante un turno de guardia. Hoy, muchos críticos de la Biblia desechan la resurrección de Jesús como algo que imaginaron los discípulos; niegan que sea un evento histórico (como hicieron Karl Barth y Rudolph Bultmann en la era de la neoortodoxia). La siguiente cita de un teólogo liberal católico romano ilustra lo que se oye actualmente de los críticos de la Biblia:

La resurrección: su historicidad. ¿Ocurrió? *Algo* ocurrió después de la muerte de Jesús [...] Los seguidores de Jesús estaban convencidos de que había resucitado... ¿Es, por tanto, un evento histórico? La respuesta tiene que ser “No”, si por histórico se quiere designar un evento que puede haber sido fotografiado cuando ocurrió, o que una persona desinteresada pudo haber observado que ocurriera. No hay indicio en el relato del Nuevo Testamento de que la iglesia primitiva creyera que la resurrección hubiera estado en la misma categoría de historia como la crucifixión. [Note cómo este argumento ignora la evidencia que acabamos de ver sobre que los apóstoles mismos describieron como testigos oculares la resurrección de Cristo]... Admitir que la resurrección no es un evento histórico en el sentido ordinario de evento histórico [*algo abierto a la investigación científica y verificable por testigos neutrales*] no significa que la resurrección no fuera un evento real para Jesús con implicaciones históricas para otros... Parecería mejor decir que la resurrección es *transhistórica, o meta histórica* [términos usados por Barth y Bultmann para rechazar la naturaleza histórica de la resurrección de Cristo], en vez de ahistórica.<sup>2</sup>

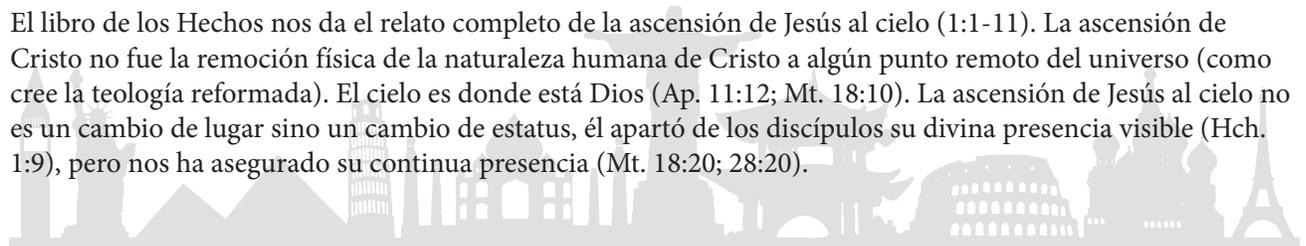
Los que niegan la naturaleza histórica de la resurrección de Cristo pierden la seguridad del Salvador resucitado y todo lo que hizo para salvarnos; han hecho naufragar su fe (1 Ti. 1:19). Por otra parte, Los cristianos tenemos la seguridad del perdón y de la vida eterna en el cielo por la resurrección de Jesús. Decimos, con el escritor del himno:

El Señor resucitó, ¡Aleluya!  
Muerte y tumba ya venció ¡Aleluya!  
Con su fuerza y su virtud ¡Aleluya!,  
Cautivo la esclavitud, ¡Aleluya!

El que al polvo se humilló, ¡Aleluya!  
Con poder se levantó ¡Aleluya!  
Y a su eterna majestad ¡Aleluya!  
Cantará la cristiandad ¡Aleluya! (CC 74:1,2)

*Subió a los cielos*

El libro de los Hechos nos da el relato completo de la ascensión de Jesús al cielo (1:1-11). La ascensión de Cristo no fue la remoción física de la naturaleza humana de Cristo a algún punto remoto del universo (como cree la teología reformada). El cielo es donde está Dios (Ap. 11:12; Mt. 18:10). La ascensión de Jesús al cielo no es un cambio de lugar sino un cambio de estatus, él apartó de los discípulos su divina presencia visible (Hch. 1:9), pero nos ha asegurado su continua presencia (Mt. 18:20; 28:20).



La ascensión de Jesús al cielo fue la certificación pública ante sus discípulos de su señorío sobre la creación. Cuando se corona a un rey o se posesiona un presidente, ya tienen el poder y la autoridad del oficio por virtud de la sucesión o de la elección. La coronación o la posesión simplemente certifican públicamente que entra en el ejercicio del oficio que es suyo. De manera similar, Cristo, desde la concepción, tenía, en su naturaleza humana, facultades que había recibido de su naturaleza divina. Durante su humillación, Jesús se abstuvo de ejercer plena y constantemente esas propiedades. Cuando volvió a vivir y descendió al infierno para proclamar su victoria, ejerció plenamente las propiedades que su naturaleza humana había recibido de la naturaleza divina. La ascensión de Jesús certificó públicamente su estado de exaltación ante sus discípulos de todas las épocas. Él gobierna este mundo para el bien de su iglesia.

La ascensión de Jesús al cielo, entonces, es importante por tres razones:

1. Certifica el señorío de Cristo sobre toda la creación, a la que gobierna como Señor exaltado para beneficio de su iglesia (Ef. 1:20-22).
2. Nos asegura que Jesús fue al cielo para preparar un lugar para nosotros (Jn. 14:2,3). Porque Jesús vino del cielo y regresó al cielo (Jn. 3:13; 6:33,38), tenemos la seguridad de que nos llevará allá cuando vuelva. Como declara el autor del himno:

Dámote la bienvenida,  
Cristo, príncipe de vida,  
De la muerte vencedor.  
Llévanos en tu victoria,  
Por la tumba,  
A aquella gloria  
Del eterno resplandor. Amén. (CC 75:4)

3. Nos asegura que Jesús defiende nuestro caso ante Dios en el cielo. El que es Dios y puede todo es también el hombre que sufrió y fue tentado como nosotros. Por eso tiene afinidad con nosotros y aboga por nosotros delante de Dios en el cielo (1 Jn. 2:1,2; Heb. 4:15,16).

*Está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso*

La expresión “la diestra de Dios” es antropomórfica”, es decir, le atribuye a Dios una característica humana. “Dios es espíritu” (Jn. 4:24), no tiene mano derecha como nosotros. La “diestra de Dios” significa una posición de poder, no un lugar físico (Sal. 118:15,16; 139:10; Mt. 26:64). Pablo describe lo que significa que Jesús está sentado a la diestra de Dios como sigue:

Y cuan incomparable es la grandeza de su poder [de Dios] a favor de los que creemos. Ese poder es la fuerza grandiosa y eficaz que Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no solo en este mundo sino también en el venidero. Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Esta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo (Ef. 1:19-23).

Cristo, en su estado de exaltación, gobierna y dirige los asuntos de este mundo según su naturaleza humana, que ha recibido esta propiedad de su naturaleza divina. Cristo no dejará de ejercer su gobierno en representación nuestra. Todas las cosas obrarán para el bien de los hijos de Dios (Ro. 8:28). Jesús, que dio su vida por nosotros, dirige todos los asuntos de este mundo de modo que estaremos con él en el cielo. Por eso no tenemos temor del demonio y del mundo con su hostilidad hacia Cristo y su iglesia. ¡Cristo vive! ¡Reina! El mismo Jesús que dio su vida por nosotros, hará que todas las cosas obren para nuestro eterno bien.

*Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos*

Jesús será el juez el día del juicio. Esa prerrogativa la ha sido dada a su naturaleza humana. Jesús dice: “Además, el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha delegado en el Hijo, para que todos honren al Hijo como lo honran a él. El que se niega a honrar al Hijo no honra al Padre que lo envió...y le ha dado autoridad para juzgar, puesto que es el Hijo del hombre” (Jn. 5:22,23,27). Según las propias palabras de Jesús, a él le ha sido dada la autoridad para juzgar, porque es el Hijo de Hombre. Pablo les dijo a los atenienses: “Él [Dios] ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia, por medio del hombre que ha designado. De ello ha dado pruebas a todos al levantarlo de entre los muertos” (Hch. 17:31).

Así, el día de juicio, el que juzgará al mundo será el que ha redimido al mundo. Los creyentes en él no serán condenados (Jn. 3:18). Los que lo rechazan serán condenados (Jn. 3:18). Será vital la actitud de la gente hacia las palabras de Jesús; los que rechazan sus palabras serán rechazados. “El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue. La palabra que yo he proclamado lo condenará en el día final. Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió me ordenó qué decir y cómo decirlo”. (Jn. 12:48,49).

Hay muchas cosas que se pueden decir sobre la segunda venida de Jesús, pero trataremos de ellas en la sección de escatología (las últimas cosas). En esta sección, nos interesa principalmente que el juicio que hará Jesús al final del tiempo es parte de su exaltación, en la cual ejerce plenamente las propiedades que su naturaleza humana recibió de la naturaleza divina. Una de las prerrogativas compartidas con la naturaleza humana de Jesús es la autoridad para juzgar al mundo. El despreciado y rechazado por los hombres, vendrá en gloria con todos sus santos ángeles (Mt. 25:31). Los que lo han rechazado se sobrecogerán de temor y terror, les dirán a los montes y a las peñas: ¡“caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?” (Ap. 6:16,17). Los que creen en él se alegrarán y dirán: “Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap. 22:20). Con el escritor del himno, decimos:

Apresura tu venida  
En las nubes, ¡oh Señor!;  
Nuevos cielos, nueva vida  
Danos, Cristo, por tu amor.  
Áureas arpas de tu grey  
“¡Gloria!” entonen a su Rey  
(CC 88:3)

## Notas finales

<sup>1</sup>Habermas, *The Historical Jesus*, pág.73.

<sup>2</sup>McBrien, *Catholicism*, págs. 434,435.

